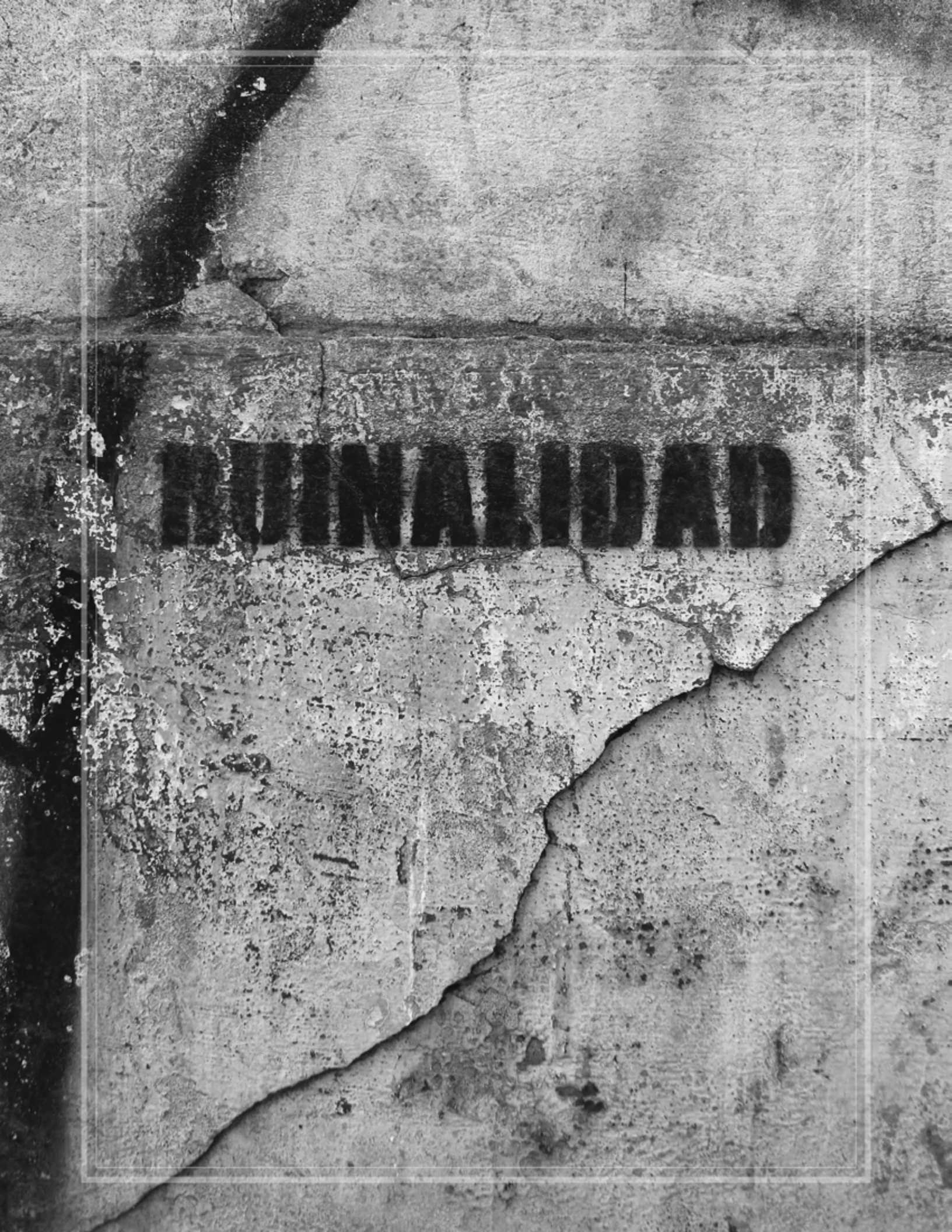

MORTALIDAD

RUINALIDAD

Guillermo Calderón / Jonnathan Opazo

RUINALIDAD
Jonnathan Opazo (textos) – Guillermo Calderón (fotografía)

Talca – Chile, 2017.

Este proyecto contó con el aporte de la Dirección General de Vinculación de la Universidad Católica del Maule, Talca, 2016.

Diseño y diagramación: Paz Ahumada

KIPPEL MAULINO

Por Mario Verdugo

Acaso el territorio en que Jonnathan Opazo trabaja sus crónicas haya nacido literariamente como una especie en extinción. Puede que el Maule, al menos desde hace un siglo y tanto, no sea otra cosa que un ubi sunt permanente, una tradición de la agonía o el responso siempre capaz de renovarse para el improbable interés forastero o, más a menudo, para el tráfico discursivo de cabotaje. Fuese porque algún supervillano capitalista llegaba a imponer modernidades odiosas, o porque la propia naturaleza se encabritaba sin contar aún con la excusa de su autodefensa, la literatura de tema regional tendió a seguir un rumbo entre apocalíptico y elegíaco: desaparecía la navegación fluviomarina, desaparecían los bosques de robles, desaparecían los cóndores y los pumas, desaparecían los campos fértiles, desaparecía el cosmopolitismo portuario y desaparecía también la épica de los bandidos y los arrieros. Lo que en principio era visto como la causa del apocalipsis (el tren hacia la costa, el desarrollo agrícola donde iban a parar las aguas del río), se convertía después en reliquia, patrimonio o parafernalia vintage, objeto en cualquier caso de nuevas desapariciones. De Pablo de Rokha a Óscar Bustamante, de Jorge González Bastías a Cinthya Rimsky, pasando por Efraín Barquero y José Donoso, el Maule no ha dejado de pronunciar una y otra vez sus últimas palabras.

Es un relato –como anota Opazo a propósito de un bar de Linares– que "tristemente se repite", pero que en su misma repetición genera diferencias, a la manera de un disco rayado que se salva del tacho porque puede cambiar de ritmo y estilo según los vaivenes del gusto y las realidades

históricas. En *Ruinalidad* se multiplican por cierto las imágenes del fin. Hay espacios, personajes y eventos extinguidos o que están por extinguirse. El fin se registra, se lamenta, se combate y con frecuencia se desea, como ante la cordillera que amenaza con liberar su magma hollywoodense, o como en aquella anécdota del exalumno que quiere apedrear su colegio de infancia. La perspectiva no es invariable, y aunque la elegía reasoma de cuando en cuando, nunca alcanza a frenar un impulso de disolución que paradójicamente dinamiza, funcionando como un suerte de link a lo que se antoja de veras contemporáneo. En vez de plegarse al remozamiento un poco kitsch de la herencia hacendal –los viñedos ahora sí presentables, ese valle *californizado*, para decirlo con los términos de Jocelyn-Holt–, la puesta al día adquiere un matiz ambiguo y más bien retrofuturista, cuyo modelo es menos California que Detroit, y en el que se entrevé la fascinación por los paisajes entrópicos, la chatarra heteróclita y proliferante que Philip K. Dick solía llamar "kippel". Así mirados, los residuos curicanos, mauchos o sanjavierinos se tornan susceptibles de enumeración alucinada y de comparación no circunscrita, hermanándolos de un plumazo con el Marte de Bradbury o la Estrella de la Muerte.

Por momentos Opazo se topa con lo provinciano en su encarnación previsible: sopor, inmovilidad, caseríos mudos, rostros casi lobotomizados por la rutina infinita. De acuerdo al tópico tantas veces reproducido en las cimas y simas de la cultura, quien se aparta de la norma sólo podría reventarse allí contra el ninguneo hipócrita y la estupidez hillbilly. Pero *Ruinalidad* consigue poner en suspenso esa mirada cliché. Ocurre en particular con "Guillermo", un transgénero a medio camino entre el insólito localismo de "la Manuela" en *El lugar sin límites* (convencida de que era mejor seguir viviendo en su pueblo chico, en donde "nadie hacía preguntas") y las contradictorias reacciones de Claudia Donoso y Paz Errázuriz en *La manzana de Adán* (prestas a encontrar una horda fascistoide y homofóbica

apenas avanzaban, en su estadía talquina, desde la Diez Oriente a la Uno Sur). Y ocurre de modo más abarcador con el tipo de recorrido que Opazo despliega a lo largo de estas páginas. El cronista, en una primera instancia, se aproxima a sus materias portando una enciclopedia personal en la que no escasean versos de Antonio Machado ni planteamientos de la Escuela de Birmingham, ni tampoco citas de Melville, Bergman, Luis Oyarzún y At the Drive-In. Su experiencia in situ, sin embargo, asume las asperezas de una performatividad cercana al gonzo, aun si ello implica empezar a perderse, tomar carreteras laterales o saltar panderetas simbólicas. De seguro Jonnathan Opazo tuvo a su disposición varias opciones: el territorio como tabla rasa, el territorio como sede de la nostalgia pastoril y ensimismada, el territorio como reserva identitaria de Chile. Pudo decidirse por cualquiera de ellas y no obstante se decidió por la más peliaguda: ensayar un Maule que es todavía una encrucijada crítica ("geo" o "eco", se admiten prefijos) y que ahora se aviene muy bien (larismo y juvenilismo en el target) con la sospecha, el desplazamiento y la destrucción de mitos.

TALCA, PARÍS Y LONDRES

Al escribir acerca de este joven fotógrafo, nacido en los años 90 (inicios de la democracia, veníamos saliendo de una dictadura), puedo decir que veo en sus fotografía la diversidad de un territorio, el cruce de distintos intereses, temas, personas, objetos, símbolos…

Siempre será incompleto, pero si es valioso por la calidad de algunas fotografías que no se olvidaran, como el rostro de Camiroaga, locutor de televisión, muerto en un accidente aéreo, en que una fotografía de su cara es intervenida con lápiz pasta, con muchos escritos. Rescato el que dice "No te olvidaremos Nunca".

Hay muchas más que quedaran en la memoria del lector, como la del pescador que en sus manos tiene un Tiburón con su hocico abierto y sus dientes afilados, a mí parecer metáfora de la voracidad.

Este libro de reflexiones escritas tiene en su interior 51 fotografías que abarcan ventanas, sitios abandonados, la naturaleza con toda su belleza, la soledad, la destrucción, carteles, colores, personajes, jóvenes y viejos (preferentemente anónimos). Aparentemente fueron realizadas con una intención, miradas inquietas, capacidad de asombro con contenido y estética del documentalismo.

Al ser fotografías del comienzo del siglo XXI tienen ese toque de universalidad, preferentemente el color, solo algunas escenas en blanco y negro, esa mirada "sur-realista" como la de los jóvenes de la periferia con cajas de cartón de vimo.

Este joven fotógrafo sabe claramente la importancia de la fotografía

como testimonio, archivo y cuestionamiento de ciertas escenas de esta región.

Solamente fe-licitarlos y desearles que su libro tenga un largo camino de reflexión sobre el equilibrio entre texto e imagen. Valorar su origen, Talca, para seguir este viaje donde ustedes lo deseen.

Alvaro Hoppe Guiñez.

(Fotógrafo – Periodista)

Santiago, Marzo 2017.

DANCING ON THE CORPSES ASHES: LOS ESCOMBROS DE LA INFANCIA.

1.

En uno de sus más conocidos poemas, Enrique Lihn se sirve de una imagen que, dentro de sus múltiples posibilidades, evoca al mismo tiempo la figura de la infancia como el tiempo del disciplinamiento y momento definitivo que configura la experiencia posterior del poeta: "nunca salí del habla que el Liceo Alemán / me infligió en sus dos patios como en un regimiento". La escuela, institución que junto con cárceles y hospitales perfilan el rostro de la modernidad, se suma también al lenguaje como una especie de celda que no ofrece más posibilidad que tolerar con cierto amargo estoicismo. "Una tarde parda y fría / de invierno. Los colegiales / estudian. Monotonía / de lluvia tras los cristales" anota Machado en "Recuerdo infantil", como si la niñez estuviera indefectiblemente ligada al tedio de las horas bien o mal gastadas en un pupitre, sea en la gran ciudad como en el más recóndito villorrio de la ruralidad. La escuela, el colegio o el liceo son, digámoslo así, un espacio que convive en la memoria colectiva y personal, como idilio –imposible no recordar la tan sentida carta que Camus le escribe a uno de sus profesores luego de ganar el Nobel– o como mancha oscura. Como si, tomando esa vieja metáfora bíblica, al mirar esas imágenes corriéramos el riesgo de transformarnos en estatuas de sal.

2.

Por largos años estudié en un colegio de San Javier. Era un establecimiento más bien pequeño, que cubría enseñanza básica y kínder. Entonces, la cobertura en educación aún no se extendía a niveles ridículos, ingresando los niños casi al año de vida al aburrido mundo de las aulas –quizá, en una deriva cercana a la ciencia ficción, podríamos pensar futuros programas de adoctrinamiento para fetos: un método Mozart para nacer siendo un ciudadano de tomo y lomo. El espacio físico que ocupaba era una vieja casa colonial –abundantes en esta parte del país— al costado sur de la plaza de armas. La arquitectura contemplaba corredores, aulas con piso de madera, gruesos murallones de adobe recubierto y techos altísimos con luminaria colgando de delgados alambres. Había un patio central donde todos los lunes de izaba ceremoniosamente la bandera –actividad que, por cierto, probablemente todos los que pasaron por ahí alguna vez llevaron a cabo–, y otro en donde se practicaban juegos que te obligaban a mostrar toda tu destreza. Recuerdo uno llamado "el zoo". Consistía en correr con una pelota en la mano de un lugar a otro gritando "zoo" hasta perder el aire. Mientras duraba el grito, el ejecutante debía tocar a alguno de los jugadores que se esparcían por el patio hasta perderse. Tocar al otro –el juego funcionaba en la mecánica del contagio, similar a otro, menos violento, conocido como "La tiña"— validaba al resto para patear impunemente al contagiado hasta que éste alcanzara un tótem que lo libraba de la maldición. De lo contrario, el poseedor del balón era castigado de la misma forma: recibiendo patadas hasta volver al tótem redentor. Otra alternativa era lanzarse algunas de las naranjas podridas que, huérfanas de su rama, se apilaban en montones bajo los árboles.

Lo perturbador del patio era que colindaba con los grandes murallones de la cárcel de San Javier, en cuya cima se apostaban las casetas de vigilancia

que ofrecían una vista panorámica de los patios donde deambulaban los internos. No era raro encontrar sobre nuestras cabezas a un gendarme paseándose con su arma empuñada, como si involuntariamente vigilara a reos y estudiantes por igual: el rostro crudo de la realidad sin metáforas ni concesión poética alguna.

3.

Por azar, el patio de la casa donde vivió mi madre un tiempo me permitía, salto de panderetas mediante, acceder a la casa donde estaba el colegio de mi infancia. Desde hace por lo menos cinco años que el lugar se encuentra completamente abandonado. Luego que la escuela se trasladara hacia otro lugar, la casa sirvió de alojo para trabajadores de temporada. De ello quedan apenas un par de huellas: un póster de una chica mostrando las tetas y un calendario en donde Tarud –personaje nefasto donde los haya—, posa con Bachelet, probablemente en su candidatura pasada. El resto es más o menos predecible: vidrios rotos, algunas grietas que descascaran el revoque, haciendo aparecer las entrañas sucias y viejas de la casa; instalaciones eléctricas inútiles. Y maleza. Mucha maleza. Tanta que es imposible caminar sin temor a tropezar, encontrarse una rata o algún cadáver. Miro el pastizal, seco, listo para ser objeto de un incendio brutal y crepitante, e intento imaginarlo en un par de años más como una selva desolada e impenetrable. Intento identificar algunos lugares, recordar alguna imagen de esa infancia aburrida en los pasillos pequeños y oscuros, pero la sensación que me invade es otra: como si ver mi colegio en ruinas fuese una suerte de anhelo que albergué con secreto rencor desde mi más tierna infancia. Como si ese abandono fuese el justo castigo a un lugar donde se fueron perdiendo las horas que podrían haberse ocupado dibujando cómics o corriendo en una oceánica plantación de trigo. Quizá podría romper todos los vidrios, llenar las paredes de grafitis, o cruzar por las noches con amigos a beber

y quebrar botellas como un adolescente que cobra una revancha estúpida e inútil. Pero no. Mejor conservar intacto el silencio y la muerte que se van apoderando lentamente de cada uno de sus rincones. Quizá un futuro terremoto termine por botar completamente la casa o el lento para cada vez más notable negocio inmobiliario lo transforme en un lugar de comida rápida o una tienda comercial.

4.

Las ruinas, lo sabemos desde los románticos, tienen un aura especial, como si en ellas se convocaran todas las formas de temporalidad. Por un lado, una materialidad que dialoga con el presente a través de un diseño específico de casa parece obsoleto y sólo es rescatado por ciertos amantes del folk maulino XIX. Por otro lado, el futuro como una llave de paso abierta a toda su potencia chorreando todos los rincones, inundándolo todo de esa imagen macabra que, al menos en estos pagos y gracias a siglos de adoctrinamiento cristiano, evitamos contemplar: la muerte que desciende como la bruma de los más crudos meses del invierno. A mí, en cambio, me llena de una esperanza algo sombría: acá transcurrió tu infancia –me digo– y de eso no queda más tierra, gatos muertos y ventanas opacas por la pátina de polvo que se adhiere de forma inevitable: un teatro de sombras, una huella arquitectónica. "Nunca salí de nada" dice Enrique Lihn al final de ese poema, dejando claro que su sino está marcado por la tragedia. Yo, en cambio, pienso en esa canción de At the Drive-In cuyo estribillo dice: "dancing on the corpses ashes". Volver acá para (d)escribir este abandono es, a su manera, un ritual. Entender, con cierto desdén, que el pasado no siempre es un lugar idílico sino más bien un erial apenas moteado por algunas manchas de pasto que el sol terminará por secar.

5.

Tomo una piedra para lanzarla contra de una de las ventanas. En ese delicado sonar cristales cayendo se va mi infancia y yo, con alegría carnavalesca, bailo un rato sobre las cenizas de su cadáver.

CAMIROAGA O EL HORROR DEL AZAR

«La realidad es la única película que nos quita el sueño» escribió Enrique Lihn en los ochenta. La realidad, a veces, es una película irónica y terrible. La realidad, a veces, parece un collage extraño donde el azar va pegando piezas como en un poema dadaísta. Por ejemplo: el 10 de septiembre del 2001 –leo en en una columna de La Tercera–, George Carlin estrenaría una rutina que llevaba por nombre «I kinda like it when a lotta of people die» («Como que me gusta cuando muere un montón de gente»). La mañana del 11 de septiembre, tres aviones echaban abajo las Torres Gemelas. Carlin, por supuesto, da un paso atrás.

Otra: en 1955 se construye el conjunto habitacional Pruitt-Igeo a cargo del arquitecto Minoru Yamasaki. La finalidad del proyecto era frenar la suburbanización y paulatino abandono de la ciudad de San Luis, Misuri. En 1965, Yamasaki es condecorado como doctor Honoris Causa por el Bates College y, dos años después, se embarcaría en otro proyecto de gran envergadura: diseñar el World Trade Center, que fue terminado el año 1973. Un año antes se daría comienzo a la demolición completa de los 33 edificios que componían el Pruitt-Igoe. El proyecto fue un fracaso absoluto, llevando incluso a denominar el fenómeno como la muerte de la arquitectura moderna.

Sobre el segundo proyecto de Yamasaki ya sabemos demasiado.

Otra: Felipe Camiroaga escribe en su cuenta de twitter: «Del aire soy, como todo mortal, del gran vuelo terrible y estoy aquí de paso a las estrellas, G. Rojas. grande». El 2 de septiembre –la realidad es la única película que nos pone los pelos de punta– el avión CASA C-212, que se dirigía a la Isla

de Juan Fernández, cae al océano pacífico. Felipe Camiroaga, junto a una comitiva de camarógrafos y otras personalidades del medio, estaba en el avión.

Desde ese día, asistiríamos a días oscuros y aciagos: la televisión se poblaría de especiales recordando al animador. Hablarían familiares de las víctimas del accidente. Amigos de Camiroaga. En las afueras de Televisión Nacional se apostarían decenas de deudos a dejar velas, imágenes, flores. La muerte de Camiroaga fue algo así como la muerte de un santo.

El 2011 yo vivía en San Javier con mi madre y mis hermanos. Ella, cuyo trabajo en la cárcel como paramédico forjó una especie de ánimo a salvo de sentimentalismos baratos, se mostró absolutamente conmovida. Ni hablar de mis tías. Ni hablar de mi abuela. Recuerdo, con una mezcla de risa y asombro, a un conocido cuya imagen responde al estereotipo del macho latinoamericano: mujeriego redomado y atractivo para cuanta chica se le cruzara por el camino. Días después, conversando sobre el tema, nos confesaría a mí y a un amigo que él también lloró. Que en su casa todos lloraron la muerte de Camiroaga y él no pudo restarse. «Solté unas lágrimas», dijo.

Nosotros nos reímos. Él guardó silencio. La realidad es la única película que nos hace reír hasta que se nos desencaje la mandíbula.

* * *

Tras su muerte, Camiroaga fue nombrado hijo ilustre de Villa Alegre, comuna conocida por estar llena de naranjos y por los numerosos prostíbulos que en el siglo XIX la habrían bautizado como «Villita Alegre». No deja de ser extraño que haya sido el accidente el motivo para instalar

una suerte de atractivo turístico al interior de la comuna. Hoy, el museo de Villa Alegre –que también es conocido como «el museo de Camiroaga»– cuenta con dos salas habilitadas para rendir homenaje póstumo no sólo al animador, sino a toda su genealogía. Sin embargo, la relación de éste con la comuna es bastante accidental: según podemos leer en algunos medios e incluso constatar en algunas fotografías presentes en el museo, Camiroaga habría pasado algunos veranos en una casa de campo de Villa Alegre. Ese dato, sin embargo, me parece relevante en tanto parece reproducirse sin cesar en casos similares a lo largo y ancho del país: un claro ejemplo es Gabriela Mistral, cuyo lugar de nacimiento sigue siendo disputado por algunas pequeñas comunas precordilleranas de la cuarta región; o el cerro Chiripilco, en Hualañé, donde habría muerto Lautaro, mito que diversas comunidades de la zona costera de la región se arrogan. Chile como país de disputas escatológicas.

Como sea, el lugar tiene un atractivo indudable. La primera sala, ubicada en la esquina izquierda de la casa donde está instalado el museo, tiene un aura de solemnidad más cercana a una figura política que a un animador de televisión. Aunque, claro, para sus miles de deudos, Camiroaga rebalsa con creces su carismático rol de teleseries, estelares y matinales. Basta echar una mirada a los cuadernos de visitas para entender que este museo es más bien un templo, una zona de peregrinaje: porque el museo es, por antonomasia, el lugar donde las obras van a reposar para ser devoradas por la mirada ahíta del voyeur, quietas y desangeladas. Acá, en cambio, asistimos a la remembranza religiosa en el sentido más estricto de la palabra: el *re-ligare*. Un niño de 5 años, por ejemplo, escribe que después de la muerte del animador no volvió a ver el matinal por respeto. Familias completas se deshacen en loas: Familia Escobar Páez desde La Serena, familia Hernández Rojas desde Valparaíso, familia Torres Torres desde Linares, familia Calderón Morales desde Curacaví. Cada libro conforma a su manera un relato total de

la religiosidad popular chilena.

Otros piden derechamente por la salvación de sus almas, el cuidado de los enfermos, la salvación de la patria. Camiroaga es un Buda, un santo inocente cuya desaparición en el mar hace que la devoción sea más acentuada. Camiroaga es una figura más de la religiosidad popular latinoamericana y está allí con Gilda, Emile Dubois y Maradona, por nombrar algunos.

La segunda sala, ubicada al fondo de un pasillo, da cuenta de aquello: aquí el frenesí es desbordante y las muestras de aprecio se multiplican. Poemas, acrósticos, platos, un retrato hecho en mármol, banderas chilenas, argentinas y peruanas, fotografías de fans y un montón de memorabilia que podría dejar estupefactos a los antropólogos del futuro. El último paso en esta transición hacia el parnaso del santerío local son los mensajes agredeciendo los favores concedidos. Por ahora, la figura del animador se encuentra en la etapa de la evocación nostálgica del pasado reciente: horas de matinal y teleserie azucarada condenadas a ser un lugar donde repetir infinitamente la imagen espectral del héroe perdido.

Y las salas de museo como su mausoleo.

* * *

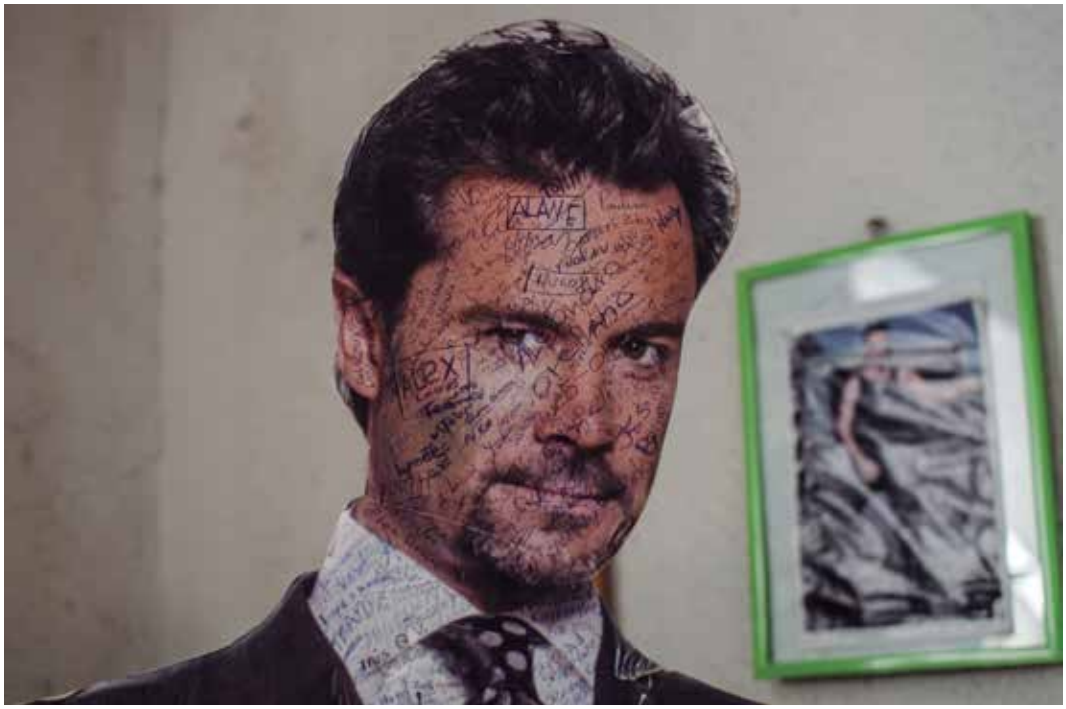
Cuando murió Camiroaga, el gobierno de Piñera estaba pasando por uno de sus peores momentos: las tomas y paros en colegios y universidades llevaban alrededor de 6 meses. Parecía que el país completo estaba a punto de asistir a algo grande. Como si de pronto, un temblor nos hubiera sacado del sopor de la transición.

Pero cayó el avión. Y se acabó la fiesta. Seguir quejándose era como

contar chistes en el funeral de un amigo. Suena horroroso, pero fue más o menos así: el accidente funcionó como un *deus ex machina* para La Moneda ese 2011 de marchas, barricadas y cocktails molotov. El punto de partida para borrar el sueño del mapa. No se trata de dos fenómenos asociados bajo la lógica de la causa-consecuencia, sino más bien como coyunturas que se solapan de forma caótica. Y cada lectura de la misma es un intento por reducir su complejidad que el azar introduce.

Porque la realidad es la única película que nos deja absortos.

Villa alegre
LLORA LA PARTIDA
DE SU HIJO ILUSTRE
Felipe Camiroga


ALIVE

CONJUNTO HABITACIONAL
FELIPE CAMIROAGA FERNANDEZ

HE DEPOSITADO EN LA DESTRUCCIÓN TODAS MIS ESPERANZAS

«Nunca es tan silencioso el hombre como cuando se encuentra lejos de la ciudad, en una montaña, en un bosque, en un desierto. Aunque vaya acompañado de otro, el silencio sella su boca; hay algo en su espectáculo de silencio». Esto lo escribe Manuel Rojas, que además de gran escritor fue un avezado andinista. Pienso en esta cita mientras ascendemos en el auto de un amigo hacia la Laguna del Maule, ubicada a un par de kilómetros de la frontera con Argentina. Pasada la localidad de Armerillo, en San Clemente, empiezan a desaparecer paulatinamente las casas y las personas como una hebra que se deshilacha. Al mismo tiempo, el flujo de autos comienza a hacerse más escaso. A orillas del camino sólo es posible encontrar letreros, una que otra casa abandonada y la geometría irregular y caótica que la dinamita dejó en los murallones a través de los cuales se abrió esta carretera.

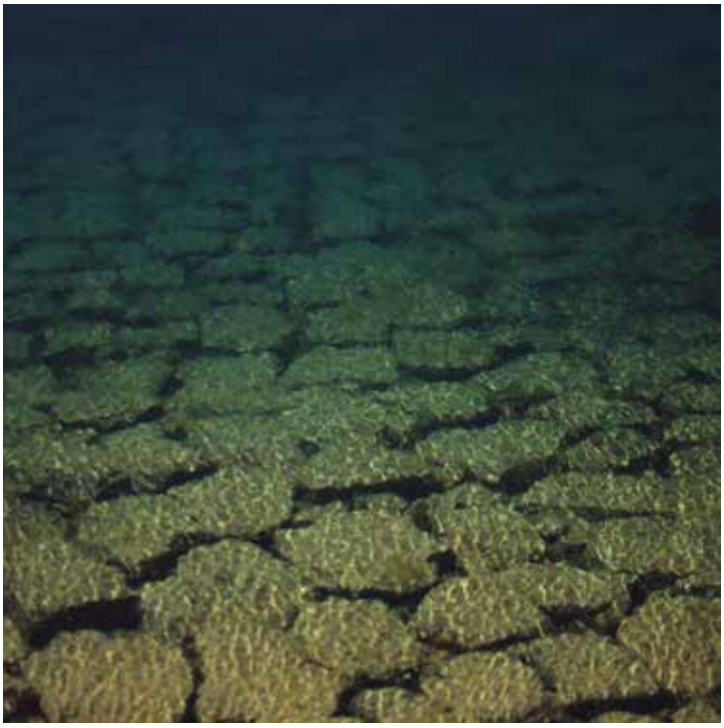
Al llegar a la Laguna el paisaje abisma no por el silencio ni la consabida inmensidad cordillerana: es el sonido del viento, filoso y profundo como la respiración de una bestia, el que llama a enmudecer, similar al que alguna vez oí con inquietud en la meseta que está frente al volcán Descabezado Grande, en Vilches. Un par de metros antes de la laguna se encuentra el control fronterizo, un complejo poblado de seres tristes como lo son los animales de la burocracia nacional. Junto a este se encuentra un retén y una serie de casas con ladrillos de piedra hechas para soportar el frío radical que debe azotar la cordillera en invierno. Caminamos un par de metros, saliéndonos de la carretera, y encontramos un refugio que en principio nos pareció una casa en desuso. Al entrar, sin embargo, encontramos comida y pan fresco, además de un montón de nombres de personas y lugares escritos con carbón en las paredes. Este podría ser un lugar donde Manuel Rojas se

detendría para descansar luego de una larga caminata.

Escribe Rojas en otra de sus crónicas montañeras: «¿Cree usted que los excursionistas cordilleranos no sienten que se les altera la respiración, que les laten las sienes, que se les ensordecen los oídos y que les tiritan les piernas? Todo eso sienten y algo más también. Pero todos saben lo que usted no sabe: que eso es natural, ya que todo lo que vale algo, que se trate de belleza, de salud, de fortuna, de amor o de gloria, no se consigue sino echando fuera hasta el último ral».

Dicen los pescadores que cuando el mar se encuentro demasiado quieto puede ser augurio de alguna tragedia y, en este caso, la calma de los volcanes puede ser un largo rezo antes del desastre. De un tiempo a esta parte, la Laguna ha sido intensamente monitoreada por geólogos. Esta zona, leo en un sitio de internet, es un complejo volcánico que posee una gran caldera, similar a la que existe en el Parque Yellow Stone, en EE.UU. Se especula que la última erupción ocurrió hace más de dos mil años y que las consecuencias de una serían parecidas a esos escenarios apocalípticos que el cine yankee nos viene mostrando desde hace un par de décadas: un cuadro lleno de nubes oscuras, fuego y ciudades devastadas. Todo muy dramático y terrible. Sin embargo, no deja de parecerme fascinante el hecho de que un río de lava y piedras pueda borrar de cuajo la actual fisonomía del paisaje, las termoeléctricas, los relaves mineros, las antenas y las aburridas oficinas del control fronterizo. Me fascina la idea de que, contra toda esperanza, la tierra vuelva a ser una masa informe de magma ardiente. Que el suelo bajo nuestros pies se desplome y no quede otra cosa que un silencio casi providencial.

O que sencillamente no ocurra nada y que este refugio desde el cual observo la laguna siga llenándose de nombres, dejando que sus materiales sean un diccionario de topónimos y viajeros.



DEFENSA DE LA TIERRA

La nuestra, la tierra chilena, es el triste bien de unos hombres tristes.

Luis Oyarzún

Dos noticias recientes llaman mi atención al momento de escribir esta crónica. El viernes 13 de enero, la organización "Individualistas Tendiendo a lo Salvaje" se adjudicaba un atentado al presidente del directorio de Codelco, Óscar Landerretche. En el comunicado –que se puede encontrar en su blog de internet– dicen: "Somos los gritos de venganza de la cordillera que rodea las tumbas de Codelco, la nieve allí solo maldice a todos los infelices que trabajan en sus estructuras, y decimos a TODOS, porque (sic) desde la vieja culia que limpia el piso o el chofer de algún camión, hasta los altos mandos de la empresa o dueños son partes de la subyugación de lo Salvaje". Ahí mismo se habla de la aniquilación total de la humanidad como única medida para volver a un estado primigenio de naturaleza impoluta. Dos días después, el domingo 15, tres brigadistas de la CONAF morían calcinados en el sector Las Cardillas, Vichuquén, luego de intentar sofocar un incendio forestal que se produjo en la zona. En una nota de prensa leo: "las condiciones meteorológicas imperantes en el lugar y la situación de sequía extrema de la vegetación, propiciaron (sic) un comportamiento extremo del fuego, provocando este grave accidente". Ese simple enunciado contiene en sí mismo una serie de premisas cuestionables en su presunta inocencia: ¿es el calor extremo del verano maulino el responsable de que cada año, como un triste ritual, pinos y eucaliptus ardan como infatigable

pira? ¿y qué tal la situación de "extrema sequía de la vegetación"? Y, por favor, ¿qué es eso de "el comportamiento extremo del fuego"? Instalo una ciudad en una zona inundable y luego culpo "al comportamiento salvaje del río"; dejo que un complejo de viviendas sociales crezca bajo un montón de relaves mineros y luego "culpo al comportamiento salvaje de las lluvias que arrastraron los residuos hacia los habitantes del lugar". Esta lógica absurda, casi siniestra, parece operar en esos términos.

Ambas noticias, desoladoras en sus propios términos, son dos extremos de un mismo problema: la espantosa incapacidad del hombre, de las instituciones, de la gran industria, de anteponerse ante un caos que, como en la metáfora que usase Bergman en "El huevo de la serpiente", se encuentra siempre al acecho, mostrando el rostro terrorífico justo detrás de la débil corteza que lo incuba. Y las reacciones desmesuradas de un grupo que habla de ecologismo extremo son, al mismo tiempo, un síntoma de tiempos alborotados, el eco de un ruido que comenzó hace un par de lustros.

* * *

Raimundo lleva cuatro años viviendo en Curanipe, pueblo de la costa sur del Maule. Acá decidió echar a andar "Huertas a Deo", un proyecto que tiene como finalidad trabajar con pequeños agricultores de la zona a través de un modelo de producción agroecológica que va en directa ayuda de los campesinos, esos eternos parias de la historia patria. Perdidos y confusos entre la Reforma del Masetero, la Reforma de las Veinte Hectáreas en Desuso, la Contrareforma del Devuélveme las Tierras que Nunca te han Pertenecido, Futre de Mierda, el campesinado chileno no parecer ser otra cosa que una estampita costumbrista en la solapa de las imágenes de la cultura oficial. Para Raimundo, por suerte, la mirada está situada en las condiciones de

producción material de sus medios de sobrevivencia. Cuando conversamos, los temas van surgiendo de forma desordenada, aunque guiados todos por una línea rectora: el uso de agrotóxicos, el impacto de los monocultivos en la agricultura, la migración campo-ciudad, la sequía que se produce por efecto del cultivo de pinos y eucaliptus. El problema es político y para Raimundo y su equipo ese horizonte parece estar claro: despojado de misticismo new age del hipismo contemporáneo, su diagnóstico comienza con las transformaciones sociales de los últimos veinte años y termina en la forma en que el Estado ha formulado las políticas públicas para el mundo agrario desde el retorno a la democracia.

Pero todo esto suena excesivamente serio y denso.

En términos concretos, el trabajo consiste en articular una red de pequeños agricultores tanto en Curanipe como en las pequeñas localidades de los alrededores. Las agricultoras y agricultores son, además, un cúmulo de historias andantes.

* * *

Luis ha vivido toda su vida en Curanipe. Es uno de los 30 agricultores que trabaja en la red de Huertas a Deo. Cuando nos recibe en el lugar donde tiene sus cultivos lleva un sweater sin mangas, camisa cuadrillé, pantalones oscuros y un jockey que dice "Surfea sin Alcohol – Departamento de Salud Mental de Pelluhue". Mientras nos paseamos entre matas de poleo, árboles frutales y zapallos italianos más vigorosos que cualquiera de mis amigos, Luis comienza a relatar los disímiles episodios de su vida provinciana: algún día voy a escribir un libro de todo lo que me ha pasado, dice sin despegar la mirada del suelo.

Y comienza.

El año 72, cuenta, compró su primer vehículo con la idea de transformarlo en taxi. Sin embargo, las circunstancias lo obligaron a utilizarlo como ambulancia y carroza. El taxi de Luis era, a su manera, un no-lugar en donde transitaba la vida en todas sus formas. Literalmente: una mañana, cuenta con su delgado hilo de voz, transportó a una embarazada al hospital de Cauquenes para ser asistida en el nacimiento de su hijo y por la noche –la vida es así en su trágico movimiento– tuvo que encargarse de hacer los papeles y armar un pequeño féretro de madera: esa mujer triste dio luz a la muerte en un parto, imagino, lleno de dolor, sangre y tristeza. Mientras habla el relato circula libre y las fechas se confunden. Tras un tiempo ejerciendo de chofer, Luis viajó a Santiago, donde un ingeniero en vuelo francés le regaló una cámara fotográfica instantánea, que nuevamente pasó a ser el objeto multiuso de Curanipe: por el lente de este hombre inquieto pasaron las bodas, las licenciaturas y los rostros salpicados de sal de los pescadores, persistencia que lo llevaría a ejercer como el fotógrafo oficial del Registro Civil de Curanipe. Y no para: sepulturero, maestro de un aserradero –de lo que hoy quedan dos tractores y una máquina para cortar polines–, agricultor y constructor, su vida se parece un poco a las del Salustio y el Trúbico, los entrañables personajes de Alfonso Alcalde. O habría que pensarlo al revés: Alcalde, inquieto como el viento, se inspiró en estos hombres siempre dispuestos a todo con tal darle forma al orden de los días.

En esos años de vaivenes Luis conoció también la transformación del campo y el paso de las viejas técnicas de cultivo hacia la introducción de diversos compuestos químicos que, como si se tratara de un laboratorio de pruebas, fueron siendo sistemáticamente implementados para conocer los efectos en la agricultura. Era Nicanor Parra el que decía que para el empresariado el ecologismo sería sustentable cuando se les acabaran las

tierras explotables: en eso pienso cuando Luis me cuenta que, actualmente, las políticas de Estado han dado un giro hacia la transmisión de técnicas de fertilización o desparasitación que utilizan compuestos orgánicos. Ignoro si detrás de eso hay un plan mayor de transformación de la agricultura a gran escala o son formas algo de desesperadas de revertir los efectos de ese fantasma oscuro y gigante llamado Cambio Climático. Puede que sea un comando de enviados especiales intentando amortiguar el impacto de los grupos ecologistas extremos y su reivindicación contra la subyugación de lo Salvaje.

El tema, con sus matices y pliegues, se me va volviendo cada vez más confuso, grande e inabarcable.

* * *

"*Generación va y generación viene,* cantó el Eclesiastés, *mas la Tierra siempre permanece...* Ojalá pudiera ser siempre así. El hecho es que ahora ni siquiera sabemos con mucha certeza si durará la tierra como astro. Bien pudiera ser que volara toda por el espacio, insignificante escupitajo sideral, de vuelta al caos" anota Luis Oyarzún en su libro Defensa de la Tierra. Con una lucidez abismante –toda lucidez, sospecho, comporta una cuota importante del más ácido y corrosivo pesimismo–, Oyarzún advertía, con el amor rabioso de un naturalista empedernido, hacia dónde nos llevaría la depredación de los bosques nativos, el avance paulatino de la desertificación –¡ah, esa metáfora nietzscheana!– y la explotación desmesurada de los recursos naturales. El trabajo de Raimundo quiere ser, pienso, una respuesta a esa invectiva. Mezcla de buena voluntad y, como Oyarzún, un cariño hacia la naturaleza que no tiene que ver necesariamente con el blandengue panteísmo de cuarta que se gesta en las ciudades contemporáneas, sino más

bien el trabajo racional y planificado, respetuoso, con el que un hombre cuida la tierra donde pone sus pies. La tierra donde, como dijo Luis cuando conversamos, reposarán sus huesos.

Con una intensidad elevada a la enésima potencia actúan estos Individualistas Tendiendo a lo Salvaje. Y de forma modesta, tristemente modesta, trabajan los brigadistas que año a año se insertan los infiernos artificiales que la industria forestal ha sembrado en cerros y quebradas. La tierra, vemos, suscita toda clase de reacciones en su defensa.

Alguien, en algún momento y de alguna forma, va a tener que hacerse cargo.

Huertas
a Deo
COMERCIO
JUSTO

DIOS SALVE A LA VIRGEN

1.

Moverse desde el Valle Central hacia las zonas costeras de la región produce cierto regocijo en la mirada inquieta: las carreteras se tuercen, ascienden por los faldeos de la Cordillera de la Costa que descansa como un animal salpicado de arbustos y espinos. Entre estos pesados lomos, descansan valles surcados por canales, ríos, viñas y olivos. Aparecen casas patronales en ruinas, caseríos mudos y postas. Lora, al oeste de Licantén, es una pequeña localidad rural que poco se diferencia de otras como Villa Prat o Sagrada Familia: topónimos mínimos, comunidades que parecen no salir de cierto estupor temporal. Grandes explanadas en las que, como en el Marte desolado de Bradbury, hay un aire enrarecido y viento. Viento que pasa.

2.

Lora es, como suele decirse en tono sardónico, apenas una calle. En este caso, un villorrio alrededor del camino que conecta Licantén con La Pesca. Prescindiendo de lo anterior, su cercanía con el río Mataquito lo hermana territorial e históricamente con el Maule precolombino. Esta zona fue, según relata Gustavo Opazo en su Historia de Talca, lugar de resistencia mapuche durante el periodo el periodo de colonización, fenómeno que hizo que fueran denominados como Promaucaes por los Inca. Hacia la costa y siguiendo por la carretera hacia Constitución se encuentra La Trinchera, de quien Juan Carreño nos cuenta que fue el lugar donde Lautaro armó campamento en su avanzada hacia Santiago, funcionando además como

trinchera –de ahí el nombre— donde los mapuche se parapetaban para resistir la avanzada de las tropas españolas. La cultura huaso-agrícola, entiendo después de revisar estos antecedentes, parece haber borrado estas huellas con la imaginería bucólico hacendal.

El Maule, siguiendo cierto fraseo religioso, como tierra inmaculada o espacio abierto para la fundación de un mito.

3.

La historia del baile parece perderse en la espesa noche de la Historia. Las fuentes escritas no abundan y gran parte de la tradición se sostiene en la frágil sustancia de la oralidad. Una versión más o menos consensuada dice que un misionero encontró la figura de la Virgen del Rosario en caserío mapuche de la zona para luego transportarla a la iglesia de Lora. La virgen, movida por la fuerza del mito, escapa y es encontrada nuevamente en un caserío cercano a Vichuquén. Esta vez son los indígenas quienes la transportan a la iglesia de Lora. La virgen escapa otra vez y ahora es devuelta a la iglesia entonando cánticos y usando trajes festivos. Este sería el mito fundacional de la procesión que se realiza el tercer domingo de octubre. Según leo en algunas fuentes, la tradición se remite al siglo XVI de nuestra era y ha atravesado como un afilado rayo de luz la bruma del tiempo. En los años 30 la celebración fue prohibida por curas ingleses por considerar que era una fiesta pagana, ajena a la tradición de la Iglesia Católica. Este dato, como casi todos, es igual de incierto. Leo en una nota realizada por La Tercera que la fiesta fue prohibida por la ingesta de alcohol. En conversaciones con algunas personas de la localidad me entero que, más que eso, era el carácter casi carnavalesco lo que habría producido la urticaria de la iglesia que, por esos años, debió contar con el absoluto beneplácito de la

élite local. El caso es que el Baile de los Negros tuvo un hiato de alrededor de 30 años, retomándose recién a finales de la década de los sesenta. La celebración tal y como la conocemos quienes pisamos el extraño suelo del siglo XXI es el revival sesentero, producto de consenso entre cierto párroco flexible y el trabajo de Manuel Danemann. El folclorista, además de instigar la recuperación de la fiesta en la comunidad, sugirió la introducción de la figura de "las negras" al baile ante la nula existencia de mujeres en la comparsa.

4.

Tres días antes de la celebración me comunico con Mario Guerrero, quien por tradición ha pasado a comandar el festejo al ser el mayor de los pifaneros. Hay rumores de lluvia para toda la región. Lora, por su cercanía con la costa, tiene un clima que está sujeto a los vaivenes que producen el mar y sus presiones. «Si la virgen manda lluvia» —dice— «lluvia tendremos. Hay que aceptar lo que la virgencita nos manda. Estas lluvias son buenas para los cultivos». Y tiene razón: desde hace algunos años, cumpliendo casi al pie de la letra el feroz diagnóstico que nos legó Luis Oyarzún en su «Defensa de la Tierra», que las lluvias escasean y las palabras «déficit hídrico» son el nuevo eufemismo para ahuyentar el fantasma de la sequía. El baile, entonces, se realizará independiente de las condiciones climáticas. Yo, ingenuamente, y con ese ánimo ridículo que busca lo extraordinario para justificar este texto, imagino a los deudos bajo un aguacero, con sus ojos fijos en un lugar lejano, accediendo a ciertas verdades incomunicables. Imagino truenos, paraguas, los turbios reflejos del pavimento húmedo.

Pero no.

5.

Llego a Lora a eso de las 11 de la mañana. La primera misa del día está terminando y se ve poca convocatoria en comparación con años anteriores. Pasan algunas nubes, llueve un poco y luego para. Por los altoparlantes el cura que preside la misa agradece a los asistentes su presencia, les recuerda que a las 3 de la tarde es la siguiente misa y posterior a eso la procesión, que es lo que todos esperan. En los alrededores, tipos con cámaras y celulares de última generación caminan y toman fotos. Los participantes del baile van a sus casas. Nosotros, los que venimos a mirar, los que venimos a tomar fotografías para colgarlas en alguna red social y sorprender a los incautos, buscamos cocinerías o miramos atentos esperando a que ocurra algo.

Pero no sucede mucho: como en cualquier fiesta religiosa, los ejecutantes operan fundamentalmente desde la fe y la tradición. Lo que ocurra fuera de esa aura que de pronto los posee importa poco. En alguna conversación previa le pregunté a uno de los hombres que hace de custodio de la virgen en el baile si sentía que a veces la intervención de curiosos era excesiva –la primavera vez que asistí al Baile la presencia de cámaras era grosera, incluyendo a quien escribe esta crónica-: para él, por supuesto, es algo ajeno, apenas un ruido de fondo.

6.

02.30 de la tarde. Junto a un taller lleno de artefactos oxidados, tractores, fierros y abundante maleza comienzan a prepararse los compadritos o empellejados. Mauricio Pineda, antropólogo que lleva años investigando el ritual, me cuenta que el origen de estos trajes es confuso. «El empellejado es complejo, pues tanto en España como en el mundo Mapuche encontramos personajes similares, lo mismo en el mundo andino (Achaces o Achachilas), en el mundo afrocolonial (Catimbanos) y en las cofradías indomestizas de la

época republicana (Diablo Suelto)» me escribe en un correo. Los trajes son confeccionados con cuero de oveja y toda clase de artefactos. El empellejado, que además porta unas espadas de maderas y huascas, se encarga de mantener el cortejo y hacer que nadie salga de la procesión. Junto a los empellejados están «las negras», mujeres vestidas con indumentaria mapuche que pistan sus rostros de negro, y los pifaneros que, vestidos sobriamente con camisas celestes y pantalón oscuro, ejecutan ese sonido hipnótico de dos compases que emularía el antiguo cántico que reza «de Vichuquén a Licantén». El pífano, o pito, es un pequeño instrumento de viento que antiguamente se confeccionaba con madera de nogal. Para afinarlo, los pifaneros utilizaban chicha. Según me explican en uno de los ensayos a los que asistí una semana antes de la fiesta, la preparación del baile dura alrededor de una semana. La función es preparar los pulmones para no sufrir mareos mientras se entonan las pifilcas.

7.

03.30 p.m. Pifaneros, negras y compadritos hacen su entrada triunfal a la iglesia. Por los parlantes instalados el cura sermonea: hay que ir a votar, elegir a los mejores candidatos, hay que oponerse al aborto, porque todos somos vida que Dios pone en la tierra y los designios de Dios no se interrumpen. El viento hace jirones con las nubes que en la mañana amenazaban con arruinar la ceremonia y alimentar mis fantasías y este texto. La virgen trajo lluvia para los campos y ahora trae sol para la ceremonia. La mecánica del ritual es sencilla: primero hacen su entrada los pifaneros. Los siguen empellejados e indias. El párroco da la venia para bajar a la virgen de su altar y ser transportada hacia el carro de madera en el que será paseada por las calles de Lora al grito de «¡Viva la Virgen del Rosario!».

Yo, por mi parte, dejo que el cortejo se vaya y me quedo sentado a un costado de la iglesia. Intento imaginar la impresión que esta fiesta produjo en los primeros sacerdotes extranjeros que llegaron a este poblado

en tiempos en donde los viajes probablemente duraban varios días entre escarpadas rutas; imagino el extinto bosque nativo y, entre su espeso follaje, una virgen dejada a su suerte, iluminada por el sol que se cuela entre las ramas; imagino la iglesia de Lora, sus antiguos habitantes, haciendo estos bailes, a los empellejados con un aspecto aún más demoniaco, como los Krampus que documentó Cameron Jamie; imagino el sonido del pífano como un eco que viene desde el fondo de la noche y se dirige hacia un futuro que desconocemos y nos aterra: allí tiene los ojos puestos la Virgen. Dios la salve.

EL DESTELLO PLATEADO DE UN MONTÓN DE MERLUZAS FUE EL ANUNCIO DE LA CATÁSTROFE

Las merluzas sabían, la reineta avisó, me cuenta Luis Leal, pescador. Luis vive en el puerto de Constitución y trabaja desde los doce años en el mar. Cuando el terremoto de 2010 torció la columna vertebral del territorio, él se encontraba pescado junto a un amigo en un extremo del puerto. En la noche la mar, estaba rara la mar, dice con voz queda sin despegar la mirada de la costa. Estamos en su casa, detrás de las bodegas que inicialmente fueron pensadas para recibir celulosa y finalmente terminaron albergando pescados. La historia de este puerto, que fue inaugurado a principios de los 70, es un poco la historia del Maule: un proyecto a medias, pasado por el cedazo del error, el azar y la planificación apresurada. Pensado inicialmente para recibir y exportar la producción de la planta Celulosa Arauco, hoy alberga al sindicato de pescadores de la zona. La costa chilena en general –leo en un artículo de Sebastián Jordana– tiene características poco aptas para la formación de estuarios naturales debido al escaso tamaño de las planicies costeras y a la forma recta de la línea costera. Puede que el que haya pensado el puerto como un lugar de grandes embarcaciones haya sido un pobre, triste y algo ambicioso de esos que abunda en estas tierras quietas.

Pero sigamos con lo otro.

Estaba quieta la mar esa noche, pero nadie jamás pensó en la posibilidad de algo tan grande. A las tres de la mañana, Luis y un amigo suyo parten a tirar mallas. La merluza avisó. Esto no lo dice sólo Luis: días atrás, caminando por el puerto y conversando con otros pescadores, la imagen se repite e intento imaginarla: el verde lomo de una ola lanzando destellos

plateados, inexplicables cardúmenes moviéndose alrededor del puerto y el júbilo de los que esa tarde tiraron anzuelo y red.

Avisó la merluza. Está saltando mucho pescado, se viene una ruina.

Entonces vino el traqueteo. Como una serpiente se movió el puerto. Luis y su amigo intentan subir las mallas repletas de merluzas. La tierra –la tierra que bajo la mar de pronto se inquieta, despierta de un largo sueño, se rasca la espalda– da coletazos, se cimbra como una bestia con lordosis. Sueltan las mallas, así no se puede. Se salvan las merluzas. La tierra no para y Luis reza. Si el puerto se cae, estamos jodidos. O nadamos o nos morimos. La luna brilla perturbadoramente quieta en su punto. No para la tierra, la merluza avisó, la mar estaba quieta ese día, pero nadie imaginó. Los botes chocan haciendo un estruendo. Si el puerto se cae, jodimos. Luis reza. Su amigo se tropieza. Corren. Una serpiente el puerto, dice él, dicen otros. El destello plateado de un montón de reinetas fue el anuncio de la catástrofe. Le pedí a Dios que terminara.

Y terminó.

Luis Leal y su amigo avanzan entre un montón de botes caídos de los puntales hacia la salida del puerto. Hacía un sonido raro la mar. Yo les dije que había que irse a la gente, que se iba a salir la mar. Había gente en carpas, uno que otro pescador, gente que tenía locales. No quedó nadie. Dejaron autos, carpas, mochilas. Querían salvarse. Yo quería ver el tsunami, quería saber cómo era un tsunami, pero arranqué también, cien metros cerro arriba me enramé. Llegó la mar, se escuchaba arrasando galpones, era un sonido como de explosiones, un estruendo de guerra. Abajo quedaron unos perritos, unos gatitos, se murieron. Venía de Pichilemu la mar, avanzando de norte a sur. Se escuchaba la sonajera en el pueblo, llevándose cabañas, restaurantes, botando las viejas casas del casco antiguo de la ciudad. En la Isla Orrego había un montón de gente que quiso agarrar puesto para la celebración de la

Noche Veneciana. Fueron pocos los que se salvaron. A un pescador que se puso a pasar gente de la isla lo pilló la mar y lo mató. Fueron tres olas, tres olas fueron. Las dos primeras le venían haciendo la cama a la grande, que llegó a las seis de la mañana. Más encima no amanecía nunca.

La luna estaba roja, como que se empañó el cielo

Fue larga esa mañana, larga. No quería salir el sol. Todo estaba callado, como quieto. Yo creo que la tierra se abrió, el mar entró en esa grieta y cuando la grieta se cerró, se formaron las olas. Eso pienso yo. Cuando bajamos no quedaba nada. La mar se llevó mi casa, tiró lejos una de las lozas del puerto, que por suerte aguantó el terremoto. ¿Ve estos galpones que están acá? La mar los hizo pedazos, estaban todos los fierros doblados, como un chicle. Ese que está ahí antes llegaba más lejos, era grande, pero el tsunami se llevó todo. Yo tenía un local con mi señora acá a la entrada del puerto y ya no había nada. Arrastró algunas lanchas también. Con los días fueron saliendo pedazos de madera, autos, lanchas. Algunos muertos también devolvió la mar. El muelle se hundió un poco, la Piedra de la Iglesia como que se tumbó un poco hacia la izquierda, no sé, yo la vi un poco movida. Cosas que se imagina uno.

Después de eso no pudimos trabajar acá en el muelle por harto tiempo, así que empezamos a salir allá en el río. Nosotros pensamos que después del tsunami nos íbamos a quedar sin pescados, pero parece que el terremoto trajo más. Estaba lleno de pescados. Pensamos que íbamos a tener que salir mar a dentro, unas quince millas mar adentro, nunca fue: la pescada estaba aquí, de la punta del muelle, toda la pescada para abajo, en doce brazas como le llamamos nosotros. Salíamos del río y con miedo nosotros, porque había réplicas a cada rato. El capitán de puerto no dijo un día que en caso de que nos pillara un terremoto en la mar, no nos acercáramos a la orilla, que nos fuéramos mar adentro porque ahí no pasaba nada. Que no se nos ocurriera volver a la orilla.

Fue una cosa que uno nunca imaginó, dice Luis.

«Como una tigresa salvaje que lanzándose en la jungla se tira sobre sus propios cachorros, así el mar se precipita incluso a las poderosísimas ballenas contra las rocas y las deja contra los destrozados naufragios de los barcos». La cita es de Melville, pero cuando Luis Leal habla del mar lo hace en los mismos términos: la mar se paga –me dice– con la vida de un pescador. Mientras conversamos en la cabaña que tuvo que volver a construir, la playa es azotada mansamente. En la punta del muelle las gaviotas planean contra el viento, luciendo estáticas, como colgadas de algún hilo invisible.

¿Sabe qué? Ahora sabemos que la merluza avisó. Saltaba la merluza ese día y parecía que la mar estaba hirviendo. Eso nos va a quedar como aprendizaje cuando venga otro tsunami. Aunque puede que yo me muera y no vuelva a ver algo como eso.

Puede que sea un aprendizaje inútil. Pero ya sabemos.

Hay que tenerle respeto a la mar.

2297

SUZ KI

LA DESAPARICIÓN DE UN LUGAR

«¿Hay algo más bello que pueda compararse a una "cantina" por la mañana temprano?» anota Malcolm Lowry en «Bajo el volcán», «no es tanto la belleza de esta necesariamente, la cual, en retrogradación de mi parte, acaso no sea propiamente una 'cantina', pero piensa en todas aquellas atroces 'cantinas' en las que enloquece la gente y que pronto estarán bajando sus persianas, porque ni las mismas puertas del cielo abriéndose de par en par para recibirme podrían llenarme de un gozo celestial tan complejo y desesperanzado como el que me produce la persiana metálica que se arrolla con estruendo, como el que me producen las puertas de persiana sin candado para admitir a aquellos cuyas almas se estremecen con las bebidas que llevan con mano trémula hasta sus labios». Lowry sabía de cantinas, de alcohol, del duro padecer de la bebida. Le dedicó poemas. Le dedicó esa bellísima novela. Una novela bellísima y triste: la belleza, la verdadera belleza, es triste porque nos abisma.

La Lancha del Loco se encuentra en la calle Maipú, Linares, a un costado de la línea del tren. Mario Acevedo es su dueño y se pasea con gracia, lee los periódicos del día, charla, sirve cerveza, chicha y vino. Al llegar, pedimos cervezas y nos sentamos como los demás parroquianos. Observo las paredes y estanterías del bar y hago un inventario de todos los pequeños depositarios de memoria que abundan en paredes y alacenas: siete estampitas del Padre Hurtado, dos estampitas del Padre Pío, dos fotografías de Aylwin, un llavero del Rangers, ocho cajas de whisky 100 pipers, un equipo de música Aiwa, un calendario de 2011 de Bebida Crush, un calendario de

la Unión de Trabajadores Ferroviarios de Chile del año 2016, un calendario de la Casa del Niple del mismo año, una fotografía con tres chicas porristas que reza «two, four, six, eight… look at us and masturbate» (!) colgada en la puerta que da acceso al baño, una fotografía de Marilyn Monroe, una foto de la selección chilena que ganó la Copa América. Y así podría seguir en varias líneas. La luz es tenue. Todos conversan, beben, uno más ebrios que otros. Un hombre de unos 60 años de edad, asombrosamente similar a Raúl Ruiz, toma una bandeja de arándonos y nos ofrece a todos. La coincidencia es graciosa y sugerente: Ruiz sabía de bares, de conversaciones infinitas en cantinas oscuras. En "Días de Campo", por ejemplo, asistimos a una serie de conversaciones delirantes sobre la muerte en un tugurio que es, a su manera, una suerte de purgatorio.

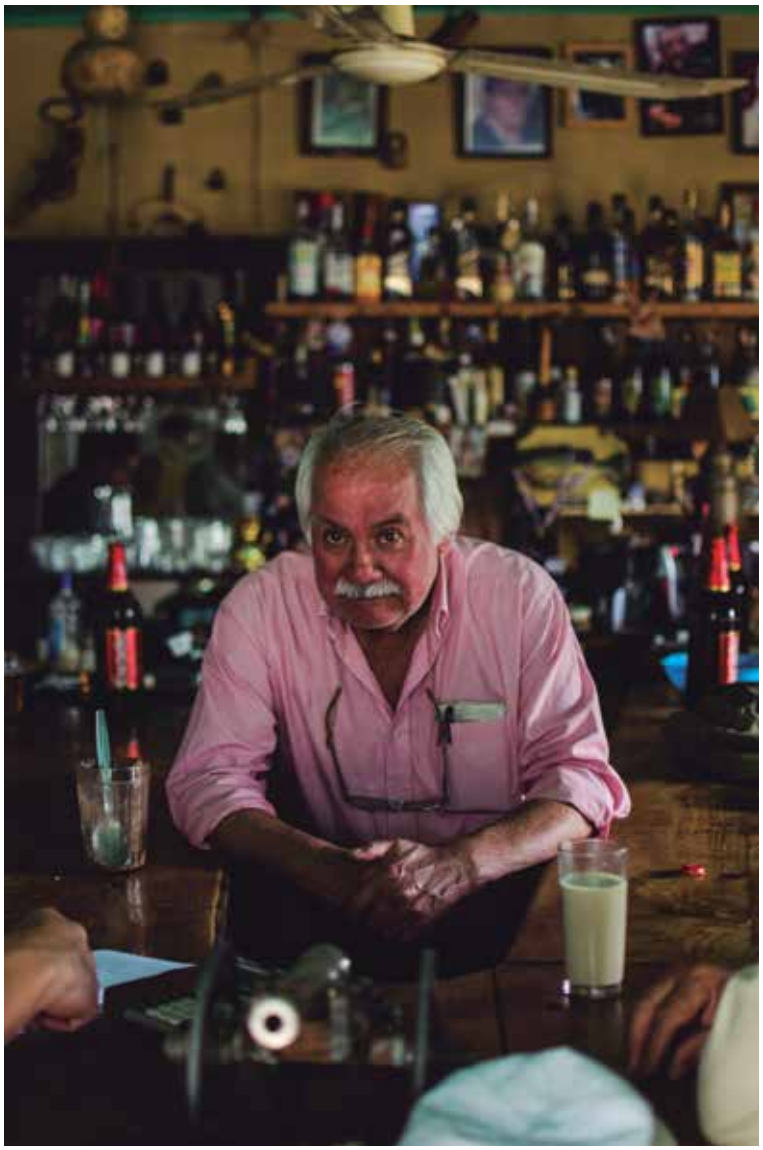
Cuando le pregunto por el origen del nombre del local a Mario Acevedo, su dueño, cuenta una anécdota confusa que es mejor no desentrañar: hay ciertos lugares de la memoria que es preferible dejar intactos, vegetando en la penumbra. Lo mismo pasa cuando le pregunto por el diseño de la barra: a diferencia del usual mesón horizontal que cualquier cantina posee, La Lancha del Loco posee una bellísima barra que emula la proa de un bote. «Esta idea la traje de Dinamarca. Todas las noches me repetía incansablemente: cuando vuelva a Chile voy a hacer esto», dice. Ridículamente sorprendido le pregunto sobre su viaje a Dinamarca. Guarda un silencio corto. La historia tristemente se repite, como si al conversar con cierta generación de personas camináramos por un campo minado: 10 años de exilio. «Hay cosas que voy a omitir porque es doloroso recordar». Después de eso, silencio y pasmo. Algo de vergüenza, incluso.

Sí está dispuesto, en cambio, a hablar del decorado de la cantina: colgando de la pared poniente hay un pequeño cuadro con pequeñas estampitas de concursos de pesca, hobby que Mario, con más de 60 años, abandonó por problemas de salud. Me habla también de los campeonatos de

brisca en los que ha participado y de los que la Lancha del Loco es una suerte de central de operaciones. En la parte superior de la pared de donde nace la barra-proa, cuelgan cinco fotografías. Todas funcionan como pequeñas animitas que ha dispuesto para mantener viva la memoria de sus amigos fallecidos. Esta lancha-bar, lancha-cantina, lancha-purgatorio-de-almas-tristes es, también, una lancha-memoria, una lancha barroca y sobrecargada de recuerdos. Una prolongación material de la vida de Mario Acevedo y su estricta política de la amistad. Porque a diferencia de esas cantinas oscuras y solitarias, como las narra Lowry con dipsómana y nerviosa elegancia, La Lancha del Loco me recuerda más al Bar La Unión, donde Teillier y compañía trenzaban un manto de fraternidad en Santiago sitiado de los 80.

Mientras conversamos con Mario, el resto de los comensales nos observa con atención. Somos visiblemente más jóvenes que el público que usualmente asiste al Bar. Y a propósito quiero permitirme una digresión: nunca he entendido esa estricta separación etaria que existe, especialmente, en lugares como éste. Sabemos –esto nos lo dicen algunos antropólogos de la escuela de Birmingham– que la juventud es una construcción relativamente reciente. Durante las dos grandes guerras, jóvenes lozanos, de ojos todavía vírgenes, eran carne de cañón en trincheras o fracasadas empresas militares, saqueadores y frívolos asesinos en la monstruosa maquinaria de la guerra. Hoy, en cambio, y seducidos por esa espantosa mentira de la educación superior y la seducción del mercado, vivimos en una especie de triste farsa: quien escribe es un hijo más de una generación que goza de un sinfín de comodidades impensables hace un par de décadas; de una generación de mucho ruido y escasas nueces; una generación de revoluciones que no alcanzan a tomar forma sin terminar sucumbiendo bajo el peso de sus desmesuradas e ilusas expectativas de transformación total, como sí lo hicieron, so pena de cárcel y desaparición, otros en los 70.Como sea: somos llamativos en ese collage

de la memoria y somos invitados a compartir cerveza en una mesa donde suena Violeta Parra en un celular. Entre cigarros y vasos que se vacían con endemoniada velocidad, nos enteramos de la pronta expropiación del bar. El plan, nos cuentan, es ampliar la calzada de la calle Maipú para construir una doble vía que permita descongestionar el flujo vehicular. Ahí nos comentan, sin embargo, que el verdadero móvil de la ampliación tiene que ver con la construcción de un paso fronterizo en la cordillera de Linares. La situación es tristemente conocida y la encontramos en un puñado de películas y series de televisión. Pero la realidad tiende a ser más parca, menos dramática, más pragmática, espantosamente pragmática: todos los propietarios expropiados ya hicieron los respectivos acuerdos y los dineros están pagados. Faltan las máquinas, el sonido del concreto rompiéndose, el polvo y todo ese sordo estruendo que producen las ciudades cuando las destruye un terremoto o el mercado inmobiliario. Mario me dice, entre resignado y calmo, que esto llega en un momento en que él debe detenerse, bajar la cortina y seguir llevando las cuentas del rosario esperando la desaparición de un lugar.



GRACIAS

GRACIAS
DON
PATRICIO

LAS FLORES DE LA NOCHE

Sábado 6 de agosto.

22:15 p.m.

¿Andan jugando a los detectives secretos, los pendejos?

Reímos. Le sirvo un vaso de cerveza. Los presento: él es Guillermo, le digo. Nos acompañará y tomará algunas fotos. No, no te va a tomar fotos a ti, tranquilo.

Más te vale. Yo conozco gente en la calle. Un silbido y cagaste con cámara. Está bonita, te tiene que haber costado cara, ¿ah?

Estamos en una cantina de la calle 14 oriente. Los comensales, todos hombres, conversan, miran un partido o simplemente gastan los codos en el mesón, despachando vasos como si de eso dependiera su vida. Él lleva un polerón azul de la universidad de Michigan. Sus manos, delgadas, casi esqueléticas, tienen algunos tatuajes que en realidad parecen heridas. Nos conocimos casualmente, mientras hacía un trabajo para la universidad con una agrupación de transgéneras. Él, sin embargo, había desertado.

Es jodido. No hay pega, porque nadie quiere darle pega a un maricón que, más encima, quiere ser mujer, ¿cachai? Lo peor es que esos mismos hueones son los que después te arriendan el culo mientras la señora y los hijos duermen calentitos en sus casas. Mira a estos viejos, ¿cuántos de estos no se habrían tirado a una loca trans? Anda, pregunta.

Recuerdo una escena de "La frontera" de Ricardo Larraín: el protagonista, un profesor de matemáticas que es condenado por la dictadura a vivir en una isla del sur, está en una cantina, hastiado. De pronto, y sin que él logre explicárselo del todo, alguien pone música y todos los hombres forman parejas. Bailan. Algunos lloran. Es la misma soledad, la desolación del hombre promedio, sin épica, sin historia de amor redentora, como los peones que Salazar describe en su libro sobre los huachos, destinados a sembrar hijos y vagabundear por los campos en busca de trabajo y pan.

Cuando yo trabajé en la calle conocí viejos con plata. Llegaban en autos grandes. Estaban desesperados, guachito. Las señoras no les daban la pasá. Andaban verdes por un polvo. Algunos no alcanzaban a durar un minuto. Pero igual te pagaban bien, ¿cachai?

El bar comienza a llenarse paulatinamente. Él se siente algo incómodo. Estos hueones son violentos, me dice. Le propongo que caminemos, que dejemos que la noche nos abrace un rato. Lo digo así: que la noche nos abrace. Hablai bonito tú, dice. Salimos.

Domingo 7 de agosto.

00:45 a.m.

Tomamos un colectivo y nos dirigimos a los quinchos del río Claro. Allí, por disposición del alcalde, pueden hacerse asados y beber sin controles de identidad ni vigilancia policial ni partes. Es, a su manera, un lugar donde las normas se anulan. Nos movemos entre punkies, raperos, grupos que escuchan reguetón y empinan cajas de vino o botellones. El olor a marihuana es denso y las volutas crecen por todos lados, sinuosas y lentas.

¿Fuman marihuana, chiquillos?

Nos ponemos cómodos, abrimos unas latas de cerveza. Hacemos un salud. Por los viejos culiaos que les gustan los trans, dice. Reímos. Le pregunto por una anécdota que apareció en los medios locales hace unos años: el alcalde de Maule, que un amigo que lo conoció describió como un tipo derechamente raro, fue encontrado teniendo sexo con una transgénera en un auto en la plaza de Talca.

Pero, niño. Yo pensé que ustedes eran más inteligentes. Si ya te dije: de día son todos machitos. Serían capaces de quemarnos si pudieran. De noche, te agarran el culo, hediondos a Pilsen, te tocan las tetas, aunque sean falsas, te pasan la lengua por la cara. Gimen tanto los pobrecitos, ¡los escucharan sus hijos! Hasta los pacos. Pero se hacen los hueones. Todos, guachito, en este país todos se hacen los hueones. Y la gente está sola, niño, muy sola.

Pasa un tipo de unos 50 años pidiendo plata. Lleva una chaqueta de cuero ajada, con cicatrices de vino en unos labios que parecen fundirse con las arrugas de su cara. Pobrecito, dice él, con un tono de voz que es al mismo tiempo tosco y tierno, ronco de resfríos y tabaco. Hay algo en esa indefinición, en esa imagen a medio paso de todo que es, a su manera, atractiva. Como si, por razones que evito entender, conociese bien las profundidades del ser hombre y mujer en una ciudad como ésta: sus escarpaduras, su humedad, su tibieza. Él, a su manera, se ha paseado por ambos mundos con una galantería especial, que sabe que hay que reír aunque el mundo se esté yendo por un barranco.

A la edad de estos cabros, yo andaba en la calle. Y como yo, muchas empezaron de cabritas. Siempre son bien recibidas, pero tienen que acatar las reglas de las mayores. Antes era peor, sí. Los pacos podían sacarnos la chucha y no tenían que rendirle cuentas a nadie. Ahora tienen un poco

de respeto. Pero sigue siendo duro: el frío, los pelaos que se creen nazis. Termina con las medias piernas una.

Me gusta que hable de sí en femenino y masculino, como si todo el discurso de la identidad le importara un soberano rábano. Me gusta porque no se exaspera por tener un lugar en las palabras que dé cuenta de sí.

02:35 a.m.

Con la noche y el alcohol llega el hambre. Enfilamos por la diagonal hacia la plaza y luego buscamos un carro de completos. Las calles, vacías y oscuras, tienen cierta intemporalidad que las iguala a cualquier calle durante la noche: la misma basura, las mismas siluetas tambaleantes, abandonadas a quién sabe qué, las luces tenues, tímidas. El asfalto, pese a su tosquedad, refleja el naranjo artificial de los postes. Como relámpagos, las balizas de carabineros pasan, proyectando nuestras figuras, espectrales, en las paredes.

Hubo un tiempo, ustedes deben haber estado chicos, en que estaban todos muertos de miedo porque decían que te podíai pegar el sida en cualquier parte. La gente pensaba que se pegaba con saliva, con un apretón de manos, los muy hueones. Los pacos estaban más bravos con las putas y las trans. Ahora éramos una plaga. Estábamos infectadas. Les íbamos a matar a los santurrones. La Sara, que lleva años en esto, me contó una talla buena. Estaba en la 11 con otra chiquilla. De repente, de un furgón se bajan dos pacos con lumas. Váyanse de aquí, los maricones, gritaron. La Sara no se movió. Su compañera quería arrancar. Quédate aquí, dijo la Sara. Váyanse ustedes, pacos culiaos, gritó. Uno se le acercó, enchuchao, a pegarle. La Sara sacó un bisturí de su cartera, se hizo un corte en la muñeca y le tiró sangre al paco. ¡Te voy a pegar el sida, conchetumadre! El paco retrocedió cagado

de susto. Se subieron al vehículo y se fueron cascando.

Reímos. Les cuento la historia de san Longinos, el romano que, luego de clavar la lanza en el costado de Cristo, habría recuperado la vista al contacto con la sangre del primogénito. Algo hay, supongo, con la sangre, una mitología que habla de pureza y peligro. De ahí los pactos de sangre, por ejemplo. De ahí, como su contrario más ridículo, el espanto del carabinero siendo mojado con sangre infecta.

Sácame una foto, dice, y posa junto a un árbol. Sonríe. Lleva aún el pelo largo y unos aros pequeños. Esta no se la tiene que mostrar a nadie, advierte. Ya saben lo que les puede pasar. Yo soy una flor de la noche y los conozco a todos. Luego vuelve a reír. Vamos a comer, será mejor.

Los carros de completo a esa hora están llena de ebrios o tipos que vuelven de su trabajo. La maleza, las flores y los frutos de una noche que nos antecede y nos comunica una eternidad que inquieta, intemporal.

LA ESPIRAL DEL ABANDONO

Es muy probable que cualquiera de ustedes –yo mismo lo creo así– posea, en su repertorio personal de imágenes, la idea de las industrias como lugares ruidosos, llenos de obreros usando overoles sucios, lentes oscuros y zapatos de seguridad. Es probable, también, que alguno de ustedes haya visto alguna vez una cinta casi emblemática de este, digámoslo así, paradigma representacional como lo es "Tiempos Modernos", donde Chaplin interpreta a un operador que sufre las consecuencias de entrar en la kafkiana maquinaria de la producción en serie. Pues bien, así las cosas, es muy probable que la idea de una fábrica en cuyas instalaciones reina un silencio sepulcral, interrumpido sólo por el gorjeo de algún pájaro o el sonido de los aspersores, les produzca algún grado de inquietud. Como si un día cualquiera en el orden de las cosas, asistieran a un clásico deportivo y se encontraran una multitud quieta, presa de un sopor inexplicable. Rostros en los que se dibuja una indiferencia similar a la de un sujeto medicado hasta la médula con toda clase de antidepresivos.

Puede que esté exagerando las proporciones, pero el siguiente dato puede ayudarme a sostener mis desvaríos: René Quitral lleva 44 años trabajando para la compañía. Ha vivido toda su vida en Curicó y actualmente es el encargado de operaciones de este lugar que está al borde mismo de un peñasco, signifique lo que eso signifique. Militante de un sindicalismo apolítico –para él, según comenta, es perfectamente posible–, hablar del pasado de la compañía es narrar un pasado esplendor de superproducción y bonanza. Durante las décadas de los 70 y 80, Iansa contaba con alrededor de 500 trabajadores. Los silos, cuyo aspecto me sugiere una estación espacial de una película de los 80, contenían alrededor de 50 mil toneladas de

remolacha. Hoy es una gran esfera vacía parecida a la Estrella de la Muerte de Star Wars. Las razones de esta debacle, dice Quitral con voz dura, van desde el avance de la globalización, un Estado absolutamente irresponsable y todo eso que los sociólogos contemporáneos identifican como capitalismo posindustrial, terciarización de la economía, desindustrialización y un largo etcétera que para Quitral no es otra cosa que el tiempo haciendo estragos con lo que antaño fue su gran fuente de trabajo.

"Yo creo que viene una espiral de abandono" y el paisaje circundante parece corroborar su apocalíptica y sentenciosa afirmación: a un par de metros del Cruce Los Niches, llegando a Curicó, los escombros de un Easy lleno de graffitis descansan como una bestia metálica desmembrada y muerta. Junto a la maleza hay restos de tubos PVC, madera, fierros, entre otros desperdicios. Desmantelado casi en su totalidad, podría ser una pista de aterrizaje extraterrestre. Lo mismo con la ex bencinera que se encuentra a unos 300 metros del lugar. Las oficinas ahora son ocupadas por un grupo de aproximadamente diez vagabundos. Desde lejos pueden verse cordones para colgar ropa, colchones raídos, envases de comida y algunos perros. Todo eso contrasta brutalmente con la exuberancia de los viñedos que ocupan hectáreas y hectáreas de terreno en las zonas colindantes, con su orden estrictamente geométrico y todo su poder evocador del imaginario de la chupalla, damajuana, cueca ebria de gallo en tierra parda, adobe y revoque de hacienda. Primero como tragedia, después como farsa: Bengoa nos cuenta en sus apuntes sobre la historia del Maule que, en los años de industrialización de Chile, el Valle Central se replegó en sí mismo y el trabajo agrícola se recrudeció como una forma de hacerle frente a esa vorágine. Un par de décadas después, y con la Reforma Agraria como Quimera a conjurar, se instala la agroindustria de viñedo, pino y arándano viajero. Con eso en cuenta, estas ruinas se ven doblemente tristes, doblemente desoladas.

En la oficina donde Quitral nos atiende hay algunas fotografías de

Iansa en sus años de pleno funcionamiento y otra donde pueden verse unas manos con un puñado de azúcar blanca y cristalina. Por la ventana alcanzo a ver parte de un galpón por donde pasean algunos trabajadores. A medida que conversamos van apareciendo otros temas: los hijos, la familia. Las nuevas generaciones, que para él han perdido los viejos valores –nunca nos detenemos a describirlos–. Como dos imágenes que se espejean, parece que el destino de Iansa trasuntara el destino del mundo que Quitral conoció. Y la espiral del abandono amenazara, sin clemencia y sacudiéndolo todo, desmantelando industrias, casas, viejos barrios y canchas de fútbol, con llevarse también el mundo tal como lo conoció.

DESARMADURÍA CURICÓ

Jonnathan Opazo Hernández (San Javier, 1990). Es autor de Junkopia (Bifurcaciones, 2016). Ha sido becario del Consejo Nacional de la Cultura y las Artes y ganador del Premio Roberto Bolaño 2016. Colaborador en Lo que leímos, Pániko y Medio Rural.

Guillermo Calderón Gacitúa (Molina, 1994). Fotógrafo y casi sociólogo. Ha realizado cursos y workshops con los fotógrafos Álvaro Hoppe (FotoCine Club) y Raúl Goycoolea (Latino Foto 2015). Creador del proyecto fotográfico "Músicos del Maule Galería Fotográfica". Fue coordinador del proyecto crono-fotográfico "Esto es Talca". Sus fotografías se han publicado en: The Clinic, Pániko, Wub, "Con subsidio, sin derecho" (2015), y "El mundo en mi mano" (2016).